

La señora Domínguez compró un marrano vivo. No por peso, ni por raza; eligió el que le pareció más bonito. Anduvo de rancho en rancho, en busca del que tuviera la piel, los ojos y la expresión justos. Una marranita, mejor dicho, que no hubiese parido, joven, virgen, que no mostrara grandes tetillas porque lástima que esos animales no tengan un par ni anden en dos patas y de paso digan algunas lindezas.

¿La llevan a domicilio?, la señora Domínguez se sentía nauseada con el olor de chiquero.

La entrega del animal fue un espectáculo en la cuadra. No llegó solo, iba con otros nueve cerdos que esa misma tarde habrían de ser ejecutados. El hombre tocó la campana y se anunció. Señora, le traigo su encargo.

Ella le pidió que fuera más discreto. ¿Por qué tanto alboroto? ¿No tenía modo de dormirlos, darles una hierba? A esta hora ya todo mundo estará fisgando e inquiriendo para qué diablos quiero un marrano, me van a llenar de preguntas y no quiero dar ni una respuesta. Y ahora me obliga a comprarle otro.

Yo no la obligo a nada, señora.

Quiero un par: la que elegí, aquella bonita y vivaracha, usted lo sabe, y otro más, el que sea, me da lo mismo. Nadie se fijará que usted bajó dos y podré darle uno a esos metiches para que lo hagan parrilla de domingo.

Él tomó cualquier par y ella le aclaró que no. ¿Es que usted no pone atención? Quiero esa marrana, la rosita; el otro sí puede ser el que sea, mientras se vea sabroso. No me importa si carece de un aire sofisticado.

Y así, entre chillidos de animal, bajaron a la pareja.

La señora Domínguez pagó y apenas se vio sola con los dos cerdos, sin el menor escrúpulo golpeó al macho en la mollera con un mazo. El animal cayó por su costado izquierdo, las patas bien estiradas en una modorra definitiva.

A la marrana le confeccionó un uniforme escolar. Hubo de recortarlo a la medida y hacerle a la falda un par de agujeros donde tendrían que salir las patas; le cosió el vuelo de modo que más parecía un pañal que otra cosa. El trabajo le llevó diez horas en las que se atravesó la noche y ella no pegó el ojo. Hubo de engañar a la marrana, darle aguardiente para apaciguarla y que se dejara confeccionar su traje, que se dejara vestir con él sin remilgos de modas, colores y tallas.

Cuando terminó, abrazó al animal y fueron a la cama. Le dio algunos besos en la testuz y ambas se quedaron dormidas. La señora Domínguez también había disfrutado el aguardiente y recuperaron la conciencia hasta el siguiente amanecer.

Anda, hija mía, sacudió la señora Domínguez a la marrana, se nos hizo tarde para la escuela. Lávate los dientes, perfúmame un poco, péinate esos cabellos.

Le abrió el hocico y le metió otros tragos de alcohol.

Vamos, Juliana, le dio una última cepillada a los pelos de las orejas y la sacó a la calle. Pronto se dio cuenta de que pesaba mucho para llevarla en brazos; la metió en un costal y la arrastró por la banquetta las tres calles que la separaban de la escuela.

Se conmemoraba un año de la desaparición de las seis niñas en el viaje a la presa de la Boca, de modo que la señora Domínguez encontró a las alumnas en silencio y a las monjas supervisando las oraciones.

Aquí les traigo otra vez a mi hija, a ver si ahora sí la cuidan. Abrió el costal y salió la marrana dando tum-

bos y asustada. Y usted, ramera, señaló a la monja botella de rompopo, deje de rezar y póngase a buscar a las niñas que no supo defender. Anden, cuiden a mi hija, miren cómo regresó, convertida en una cerda porque ustedes no supieron dar la vida por ella; era preciosa y ahora es horrible, pero igual me la van a educar y le enseñarán matemáticas y latín y español y, por favor, nada de dioses misericordiosos.

Juliana se asustó entre tanta gente y pese a la ebriedad se echó a trotar y encontró una salida por la puerta entreabierta del salón y de ahí se lanzó por el pasillo con su bonito uniforme y sus lindas piernas y un rostro que, visto bien, no era tan desgraciado. Las demás niñas se lanzaron tras el animal y Juliana se sintió más atemorizada y bajó a trompicones los escalones hacia el porche y de ahí salió a la calle sin voltear a izquierda y derecha para ver si venía algún auto.

Y lo cierto es que sí venía un auto conducido por un hombre que la vio a tiempo y alcanzó a frenar. Se puso a dar de claxonazos y Juliana no pudo con sus nervios y corrió sin gracia pese a los gritos de su madre que le decía que volviera. Un grupo de niñas la seguía como estela de cometa; ahora reían porque estaban seguras de que el asunto era gracioso.

Juliana esquivó un auto y otro a gran velocidad y se sintió feliz porque se creyó una liebre; se supo linda en ese uniforme de secundaria de la escuela del Sagrado Corazón. ¿Quién de sus amigas, de sus hermanas, de sus conocidas se había vestido así? Le faltaba el aire pero no podía dejar de correr, no, en la carrera estaba el delirio, en los rechinos de tanto auto que debía frenar por ella en las calles de Padre Mier y Zuazua y Zaragoza y otra vez en Padre Mier y vuelta en U de vuelta a Zaragoza, y Juliana corre por el pavimento y sus patitas son palitos chinos que crepitan en cada zancada y los claxonazos son trompetas que saludan a la reina. Juliana reina. Palitos chinos. Juliana

hermosa en su uniforme. Y la estela de niñas detrás de ella y las monjas persignándose.

Juliana, ¿cómo puedes correr y contonearte así?

Los hombres la vieron pasar.

Las mujeres también.

Los hombres la amaron.

Te amo, Juliana, para siempre.

Aunque nunca más esté contigo.

Quiero mi tequila.

Y mi pan con mantequilla.

Llegó a la esquina de Morelos y Zaragoza y ahí se acabó el futuro. Un camión que transportaba pollos no alcanzó a frenar y le dio un golpe certero con la defensa a lo largo de su costado izquierdo. Dios, clamó el conductor, que al ver el uniforme escolar intuyó una niña, y al bajarse y ver el animal muerto, pensó que era la niña más hermosa que había visto en su vida.

Los curiosos se arremolinaron ya con la certeza de que se trataba de un puerco y de que alguien debió gastar una broma al vestirlo para un día de escuela. Hubo risas, y el conductor del camión pensó que se reían de él. Se arrodilló ante el cuerpo y lo acarició con mucho cariño.

A los pocos segundos llegó la señora Domínguez y abrazó a su hija y se puso a llorar.

Algunas personas continuaron riéndose y las niñas de la escuela no supieron si el asunto era gracioso; las más sensibles se dieron cuenta de que no.

El marrano fue transportado a la morgue porque la señora Domínguez se negó a aceptar que fuese un animal.

Por eso ahora, en el cementerio, bajo una lápida que reza Juliana Domínguez 1929-1945, está ese marrano vestido con un manto negro que su madre le mandó confeccionar para la ocasión.

No lo creo, Blasco alza una ceja. Me has contado historias extrañas, pero que la señora Domínguez disfrace un puerco de Juliana y luego lo entierre...

Hasta le compró su féretro y le hizo su misa. Es la pura verdad, si dudas, puedes preguntarle al polaco.

¿Y qué va a aclararme este imbécil, si no sabe ni cómo se llama?

Y ahora la señora Domínguez lleva flores cada semana. Podemos ir el próximo domingo alrededor del mediodía para que te convenzas.

Blasco saca de su maletín la botella de vino y le da un par de besos. Juliana es perfecta, tres cuartos de litro, trece grados, denominación de origen. ¿Por qué tenías que contarme la historia de un cerdo? ¿No pudo ser siquiera un ciervo?

Mi amigo, si hubieses visto a esa marranita con su uniforme...

Blasco vierte el tequila de su vaso en el pico de la botella de vino. Bebe con deleite. Producto de alta calidad. Vive tus sueños con Juliana. Merlot. Hecho en Francia. Égalité. Le da al polaco una palmada en la espalda. Polaquito, aunque seas un cobarde conozco a una mujer que se enamoraría de ti. Uno de estos días te llevo con ella.

Dame otra de las botellas, Floro indica la de bourbon. Blasco se la entrega y él también vierte su vaso dentro. Érica, vamos a querernos mucho, vamos a querernos siempre. Y sorbe con ternura.

Cuéntale a esa mujer... Floro bambolea la cabeza, parece entrar en un sopor, y de súbito regresa a su frase inconclusa. Cuéntale que el polaco era boxeador, que tanta paliza lo fue dejando sin fantasías. No la dejes creer que es un cobarde.

Lo que menos tiene es alma de boxeador. ¿Cuándo ha sabido defenderse de nuestros golpes?

Es que una vez mató a un muchacho. El polaco era un veterano y el chico estaba en su primera pelea, con la madre en las gradas. En esa época el polaco tenía una bala de cañón en la derecha, y ahí quedó el muchacho, junto a su esquina, en el cuarto episodio. No pudo so-

portar verlo ahí muerto en el cuadrilátero, escuchar las acusaciones de la mujer; tú sabes, las madres ven un hijo muerto y de inmediato quieren tildar a alguien de asesino. Eso se le trepó al polaco a la cabeza, se le montó en el alma y no volvió a pelear ni le gusta mencionar su pasado de boxeador.

Me pareció más creíble la historia del cerdito con uniforme escolar, Blasco se pone de pie y se coloca detrás del polaco. Le acaricia la mollera. Anda, amigo, ahora tengo mejor opinión de ti porque veo que tienes un cadáver en tu cuenta.

El polaco toma su vaso.

La mujer se llama Alberta y te va a querer mucho. Te enseñaré a darle un puñetazo en la cama. Blasco vuelve a su silla, apresa a Juliana y sigue bebiendo.

Y Floro se bebe a Érica.

Ajurulé.

Y rellenan de licor a Marialena y Gabriela y Marisol y Araceli y beben más y las besan y acarician y se marchan de vuelta a la trinchera y ahí, en la oscuridad, en espera del fuego enemigo, no saben a cuál de las niñas tienen en los labios y entre las manos.

Ellas tintinean encantadas de saberse tan queridas. Y ellos, mareados por el alcohol, se creen mareados por el amor.

El autobús se halla estacionado frente a la escuela del Sagrado Corazón. Floro camina en torno a él y cada dos o tres pasos le da golpes con la mano cerrada para comprobar su firmeza; también patea las cuatro ruedas.

El otro era un modelo 38, dice.

Otilia contempla a las otras madres con vergüenza. Es lo mejor que pudimos conseguir. Más vale que te baste.

Son cuatro madres. La de Juliana no quiso participar, pues ella ya había enterrado a su hija muerta de atropellamiento en la calle Morelos. Y si seis hijas no tienen seis madres es porque un par de ellas eran hermanas.

Él toma las llaves de manos de Otilia y se apresura a ocupar el puesto de conductor. Las madres entran en el autobús. El motor se enciende y ronronea un par de minutos. Ustedes siéntense atrás, les advierte Floro, solo pueden ver. Nada de hablar ni participar, porque se rompe el hechizo y así no vamos a encontrar a las niñas.

Las madres de Marialena, Gabriela, Érica, Marisol y Araceli se acomodan de mala gana en el asiento largo del fondo. Vamos a recorrer el camino de las hijas perdidas, grita Floro desde el volante, paso por paso, siempre hacia delante, hasta dar con ellas, vivas o muertas, dichosas o desgraciadas, puras o endemoniadas. Vamos adelante, señoras, vamos adelante, niñas, vamos por la carne y el espíritu; por la carne, señoras, por la carne, que eso es lo que ustedes quieren: niñas de carne y hueso, no espíritus en el más allá.

Y el autobús avanza por Padre Mier y vira en Zaragoza a la izquierda; aunque hay quien asegura que avanzó por Langasse y viró en Steindamm.

Se detiene frente a la plaza. ¿Qué hacemos aquí?, grita una de las madres, tal vez la de Érica.

Floro abre la puerta para que entren Blasco y el polaco. Llevan más de una veintena de botellas, la mayoría vacías, y al menos cinco o seis repletas de aguardiente.

¡Auxilio!, grita mamá Gabriela, nos quieren robar. Silencio, señoras.

Blasco se dirige hacia el fondo del autobús. Empiecen a beber, señoras, o no van a ver ni los huesos de la más pequeña.

El autobús arranca de un tirón y el polaco cae al suelo. No hace por levantarse hasta que Blasco lo toma de la camisa para incorporarlo. Tiene una ligera cortada en la frente. Anda, polaquito, acomódate como dios manda. Y mira por la ventana, mira cómo se mueve el paisaje sin que tú te muevas. ¿Te gusta? Él pega el rostro al cristal y sonríe y ríe y su risa empaña el cristal. Blasco lo abraza. Ah, polaco, ojalá fueras una niña pequeña y hermosa.

A continuación Blasco coloca las botellas en distintos asientos. Aquí Araceli, estate quietecita. Allá, Marialena, por favor no te muevas de tu lugar. Acá Marisol...

Luego reparte los frascos de cerveza de las niñas intactas.

Al final se sienta con la botella de vino. La acaricia.

¡Auxilio! ¡Piedad!, vuelve a gritar mamá Gabriela.

Blasco va hacia ella y le da una suave bofetada.

Cállese, señora, a usted no le va a pasar nada.

El autobús no es amarillo, sino blanco; y así, blanco y sucio y oxidado, se va abriendo camino hacia la presa de la Boca.

¿O se dirige al Báltico? Hacia la Frisches Haff, la laguna congelada por donde habían querido huir tantos habitantes de Königsberg que al final se convirtieron en blanco fácil de los aviones soviéticos. A ellos les fue muy fácil matar. Bastaba sobrevolar el hielo y ver a la gente sin

posibilidad de resguardarse. Se oprime el botón rojo y la metralla hace el resto. Juego de niños muertos.

Muertos tan ingenuos que habían cargado con retratos y vajillas y algunas joyas.

Con una bala en la nuca da lo mismo si las copas eran de barro o de cristal.

Hacia la presa de la Boca.

En un principio, Floro supuso que le gustaría su papel de conductor, pero se hartó a los pocos minutos. Pisar acelerador y agarrar un volante. Pisar, agarrar y virar. Aburrido. Mucho mejor estar allá con las muchachas.

Con las botellas llenas y vacías.

Blasco agarra la de rompopo y se para en el pasillo. Anden, niñas, vamos a cantar una alabanza al señor. Canten, canten.

Somos las niñas muertas, cantan Juliana y Araceli. ¿Quién ama a las niñas muertas? Y bourbon, tequila, whisky y mezcal se suman al canto.

Benditas somos, benditas.

Odíamos el amor que nos dan.

Solo nos amamos a nosotras.

Lame mi cabello.

Besa mi espalda.

No me dejes sola.

Tengo miedo.

Mucho miedo.

Las madres dan grandes tragos de aguardiente y también tienen ganas de cantar. Mamá Araceli toma la mano de mamá Marisol.

Echen a la monja por la ventana, grita mamá Érica Gabriela. Dos hijas perdí por su culpa.

Al fin el autobús llega a la carretera nacional y aumenta su velocidad. El velocímetro es una aguja inservible que oscila sin parar desde los setenta hasta los cien kilómetros por hora. El cielo se ha nublado. De los cerros contiguos baja una tupida neblina y se augura una pronta lluvia.

Maravilloso, dice Floro.

Se detiene en la gasolinera donde se había detenido aquel autobús del pasado y abre la puerta. Se acerca un despachador a servir combustible, pero Floro lo espanta. Largo de aquí, imbécil, que tengo el tanque lleno. Permanece escasos segundos fuera del autobús y entra de nuevo, con la Luger de Blasco en la mano.

Muy bien, señoritas, quiero que guarden silencio.

Rompoppe protesta tibiamente. Floro le da un golpe con la cacha de la pistola, asegurándose de no romperla. Le pone el pie encima. Tenga misericordia, implora ella y pronuncia otras frases en el guion de esa gente que cree en dios.

Blasco, toma el volante y vámonos de aquí.

Vamos a la presa, a la bahía, al Báltico, al demonio.

¡Vivan las niñas muertas!

¡Canten su canto!

Y Blasco, de mala gana, ocupa el puesto de conductor y arranca, muy consciente de que el papel principal es de quien tiene un arma. Pisa el acelerador, rabioso, porque ahora tiene entre las manos una rueda metálica, no la vítrea piel de las niñas del coro de niñas, y debe darle la espalda a las muchachas y a sus gritos y sufrimientos. No nos hagan nada, por favor.

Las madres beben; ahora cada una tiene su botella en mano y en boca. Ah, qué alegría, hija mía, vamos a pasarla de maravilla en la presa de la Boca. Jugaremos y nos daremos un chapuzón y conversaremos sobre muchas cosas hasta que llegue la hora de volver a casa, donde te voy a arropar en cama y mañana por la mañana te daré café con leche.

Yo, tu madre, también soy una niña muerta.

Porque todas las niñas mueren por muerte o por tiempo.

Y cada madre va al asiento donde se hallan sus hijas. Únicamente Juliana se queda sola, pero Floro se la da al polaco. Abrázala, quíerela mucho.

Y entre trago y trago, Floro insulta a la monja de rompopo. Y ahí, en el piso del pasillo, dispara la Luger y hace un agujero en el suelo del autobús.

Mátala, pide mamá Érica Gabriela.

Esta vez Floro apunta bien y resulta imposible distinguir entre la detonación y el rompedero de cristales. Adiós monja, adiós rompopo Santa Clara, leche, azúcar, canela, yemas de huevo, hecho en México, casi un litro, pat. pend.

Ni pizca de poesía.

Las madres aplauden y una de ellas sugiere que arrojen por la ventana a las niñas intactas.

Es tu turno, Blasco llama al polaco, y en una maniobra de contorsionista para no desamparar el volante y mantener el acelerador bien pisado, le cede el lugar. ¿Te acuerdas de cómo condujiste el autobús en la cantina? El polaco hace ruidos de motor. Anda, así es, ni más ni menos. El juego es mantenerte sobre el pavimento y pisar este pedal hasta el fondo. ¿Entiendes? El polaco sujeta el volante.

En eso se desata el aguacero, y si acaso el autobús tiene cómo aclarar los cristales del frente, el polaco no sabe accionar botón o palanca o perilla. Y ni ganas de hacerlo. Le entusiasmo ver tanta lágrima en los cristales; nada tan justo para lo que está ocurriendo a sus espaldas.

Defenestren a las niñas envase de cerveza. Vamos a quedarnos con las nuestras.

Las mujeres echan fuera algunas botellas vacías, las que no sean sus hijas, las que no están bebiendo. Y no alcanzan a escuchar cómo chocan y se rompen contra el pavimento.

Floro dispara otra bala al cielo. El aroma a pólvora llena el autobús durante unos segundos y por el orificio en el techo entra un trozo de lluvia.

Las madres succionan sus botellas, las besan, abrazan y les piden sus cariños.

Ellas bellas.

Ellas luz.

Doblen la rodilla y cállense todos, hijos de mala sangre. Es hora de escucharlas.

Ajurulé.

Y en los asientos del autobús hay fiesta y baile, porque las niñas perdidas han vuelto a sus madres. Estaban muertas, mas ahora celebran y cantan. Las madres ríen al arrojar los trozos de cristal de monja rompopo por la ventana, y solo Juliana está triste por no tener ahí a su madre, pero Blasco la conforma con sus manos y sus labios.

Atramancé.

La neblina es intensa y por el parabrisas escurre una cascada que desdibuja las formas. El polaco no distingue entre el gris del asfalto y el gris del cielo y ya no sabe si se arrastra o vuela. Hace rugir el motor de su vientre y, sin soltar volante ni dejar de pisar el acelerador, se incorpora y se tumba sobre su asiento de conductor.

Qué bonito su juguete.

Qué bonito niño.

Ándele. Juegue.

El autobús aprovecha una cuesta abajo para aumentar la velocidad. Toma el carril izquierdo, va de frente hacia un camión de carga con ladrillos y varillas de acero.

Más rápido, polaco. Acelera.

Sostén bien tu lanza, caballero encabalgado.

Enfrenta a tu rival.

Segundos después, el camión de carga se halla descaminado, entre lodo y hierbas; y el autobús de las niñas muertas avanza orondo, veloz y zigzagueante. Somos bellas, cantan ellas, y el polaco menea el volante al compás de la canción.

Algunas personas a la vera de la carretera lo ven pasar e intuyen que va directo al infierno; pero el polaco, ah, ese polaco... él sabe que no se puede estar más cerca del Olimpo.